

¡Vaya una tarde espléndida! ¡Qué cielo tan azul, y qué revoltijo de golondrinas y vencejos alegraba los aires! Ah, ¡quién como ellos tuviese alas para derramarse libremente por el espacio, lejos, muy lejos, más arriba de montes y llanuras! Era triste lance verse obligado al encierro de un aula penosa, que henchían las vaharadas del resistero y la gente menuda. Ea, enojaba tener que ir a la escuela; colgar de un banco, a guisa de inútiles instrumentos, las piernas que anhelaban corretear; verse uno obligado a arrastrar por los signos de un libro la imaginación que se sentía atraída por los chillidos de las golondrinas, por el cuchicheo del viento, por cada brizna de hierba, por cada hoja de árbol. Era triste cosa, ¿pero qué remedio? Uno se hallaba constreñido al cumplimiento del deber. Y yo me encaminaba hacia allá perezosamente, cabizbajo, doliéndome en el alma... A cada paso me detenía suspirando. ¡Dios mío, cuánta agalla habría en el robledal! Moras y endrinas ya maduras. Si yo hiciese novillos...

Encontrábame ya a la vista de la escuela cuando una voz conocida me estremeció de pies a cabeza. Aquella voz era la de Volivarda, un muchacho pescador, que me llamaba con un dilatado ¡eeep! desde la profundidad de una calleja.

Valiente sorpresa; toma, ¿quién pensara en él? Inmediatamente mi cara se puso risueña, y cruzó por mi fantasía la visión del mar y de la costa pintoresca. ¡Volivarda y yo habíamos nadado juntos con tanta frecuencia, habíamos gozado tanto pescando pulpos y cangrejos en la roca!...

-¿A dónde vas, Volivarda? Acércate hombre, y echaremos un párrafo. Pronto, que he de ir a la escuela.

-¡Válgate Dios por amargura! Cuidado que me pondría yo fosco como tratasen de encerrarme entre aquellas paredes. ¿Y tú vas todos los días? Concho, hay novillos hoy. Vente conmigo. Vararemos el esquife de Valencia. Valencia quiere que abarrotemos un cubo de erizos de mar. Erizos de mar, ¡nada más llano! De cabo a rabo conozco yo una garganta donde los hay más espesos que los pelos de la cabeza. En un santiamén disponemos nuestra provisión y nos queda todo el resto de la tarde para pescar con volantín... con un volantín de seis anzuelos que nos va a traer Canario; no has visto en tu vida primor semejante. Mira, yo vengo de coger caracolillos para los cebos. He abarrotado una nasa; los encontré aquí cerquita en los hinojos de Camperdut. ¡Concho, no eres hombre si no haces novillos!

Yo, rascándome la cabeza, pensativo, atendía. El corazón latía en mi pecho como una mariposa dentro de un puño infantil. ¡Vaya si me tentaba la proposición!

-En casa cenamos a las ocho -murmuré.

-A las siete y media estaremos en tierra -contestó Volivarda, y leyendo la desconfianza de mi mirada, añadió, besándose el dedo gordo, cruzado sobre el índice-: ¡Fatal como la muerte!

En esto, las manos de alguno que se me había acercado por detrás, me cerraron los ojos, y al mismo tiempo un aliento caluroso me humedeció la nuca. Volvime de repente y me encontré rasando la famosa nariz que resplandecía en la caraza risueña de Payús, un chico rebolludo, gordo, grasiento. Ya antes de encararme con él habíale sospechado autor de la sorpresa, por el tufo de alquitrán y arenques podridos que exhalaba constantemente. ¡Qué feo era el arrapiezo! Tenía las mejillas hinchadas, la nariz hundida, y los párpados tan frondosos y lacios que para mirar le era forzoso echar atrás la cabeza, a guisa del que jugando a la gallina ciega quiere mirar por debajo del pañuelo.

Arrollome el brazo a la cintura y me dijo:

-Vendrás a la embarcación, ¿verdad? ¡Concho, lo que nos divertiremos!

En tanto, el otro lobato del mar, Volivarda -éste era alto, enjuto, de color centenoso, carilargo, y de cabellos enmarañados cuyos rubios mechones rebosaban por los dobles y agujeros de la pequeña barretina- tiraba de mi ropa, acariciándome la cerviz.

¿Qué partido habría yo de tomar? ¿Qué santo hubiera resistido? Vaya, lo que es mi virtud no contaba con entereza bastante para hollar tanto halago.

Mientras cruzábamos el pueblo, no las tenía todas conmigo; la conciencia me hurgaba un poco, y me parecía a cada instante que mi padre había de surgir por escotillón; pero a la vista de la playa, de la embarcación y del mar, huyeron escrúpulos y temores como lechuzas acosadas por la luz del día. ¡Viva la libertad, bendito el alborozo! Íbamos a viajar, a visitar calas recónditas, pescaríamos tal vez bichos inauditos, veríamos los bancos vivientes donde se crían las conchas de mil colores que adornan la playa, encontraríamos... ¡quién sabe las maravillas que íbamos a encontrar!

-Ea, gente menuda que el tiempo estará de perlas -nos dijo Valencia-. Miren cuán alegre está la vieja azul que eternamente luce su mantellina de plata. Bien se compone y atavía la muy presumida. Gruñe como un can porque le es ya difícilillo roer las peñas, y la arena le daña las encías, pero no medita cosa mala. Los va a mecer en su seno como una dulce abuela. Ea, chiquitines; el viento y la corriente les ahorrarán la mitad del trabajo, y al regresar, habrá cesado el viento garbino.

Canario estaba allí aguardándonos. De bruces ante el esquife, ensebaba los palos, y me saludó con sonrisa de simpatía.

Los viejos marineros, que tomaban el fresco al pie de las rocas, a la sombra de las pitas azuladas, nos contemplaban con beatitud, hablándose lentamente, y señalándonos con el tubo de las pipas. Las mujeres que reparaban las redes, levantando sus cabezas, gritaban en broma:

-Por Dios, no vayan a agotar los pececitos de los mares. Que vuelvan arrastrando un delfín.

Nosotros no respondíamos; no podía detenernos chirigota más o menos; nos absorbían nuestros quehaceres. Pasábamos revista a la embarcación, sumamente atareados.

-¿Cerraron el agujerete de desagüe?

-¿Qué fue del balde?

-No comparece la caña del timón.

-Valencia, ojo; que a los primeros vaivenes, adiós, estrovo de mis amores.

¡Qué algarabía! Valencia nos iba mostrando cuanto le pedíamos, respondía a las advertencias, y reía como si le hiciesen cosquillas.

Un muchacho que acababa de zambullirse desde una roca que se erguía dentro del mar, se nos acercó, nadando con grandes aspavientos.

-¿Me admites, Volivarda? -gritó con los ojos cerrados, después de escupir el agua que sus cabellos escurrían y se le metía en la boca.

-¡Arriba! -le contestó Volivarda lacónicamente.

El nadador salió a la arena sin tardanza; sus dientes crujían, temblaba y resollaba. Frotando algunas veces la espalda con la mano sacudió cuanto pudo el agua que le rodaba por los brazos y piernas, se echó sobre las carnes una camisa y unos pantalones de pana, sujetos por encima de los hombros con unos cordeles a guisa de tirantes, y estuvo ya dispuesto para la marcha. Nosotros habíamos empezado a varar, pero él anduvo con tal presteza que apenas botábamos al agua nuestro esquife, se agarró a la popa, saltó al interior de la embarcación, apoderase de un palo y remó antes que los demás.

Entonces bogamos de firme; nos íbamos mar adentro con soberano empuje.

Avanzábamos con cuatro remos, y Canario se encargaba del timón. ¡Qué brío! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué delicia para mejillas y frente, el aura salpicada por las ondas bulliciosas! Un leve garbino, fresco, delicioso, riente, volaba con anchura sobre el mar extenso, rizando las olas sin enfurecerlas. Todo era vida y movimiento. Las aguas corrían por todas partes, rodaban, saltaban y tintineaban empujadas por una amable embriaguez. Ufanábanse, luciendo verdes, delicadas, diáfanas cresterías que con el ventoleo se sutilizaban hasta deshacerse en coqueterías de espuma. Acá iban amorosamente unas en pos de otras, besándose con inclinaciones lánguidas y graciosas al allegarse; allá se abrían regaladamente como una boca que echa a reír. Venían, parecidas a una hueste de chiquillos curiosos, a tentar y golpear la cáscara del esquife, a pasar por debajo de él, a empujarlo o a deslomarse desatentadamente en la rueda de proa.

-¡Sube de un salto,

sube muy alto!

entonaba Canario loco de placer.

Uno no podía mirar las aguas, en dirección de la tierra, hacia donde resplandecía el sol, sin verse obligado a cerrar los párpados invadidos de lágrimas. Allí el mar fulguraba con relámpagos de oro y azogue, y parecía deshacerse en chorros de vidrio bufado; y hacia la cala, en el albergue ponentino, amarilleaba como una extensa luna aceitosa.

Un atún que de un salto se echó arriba entre una zalagarda de espumas, y a pocos metros de nuestra barca, nos hizo permanecer boquiabiertos, inmóviles.

-¡Hijos, cuidado si estaba orondo! -exclamamos todos.

Y quedamos algún tiempo en acecho, espiando el regreso del atún, pero un fuerte rugido de viento nos arrancó a la contemplación.

-¡Vira, vira! -gritó Volivarda. Todo el mundo a coger los remos, y a luchar de firme. El viento nos arroja a los bancos. ¡Pardiez, y cómo ladran los condenados!

Efectivamente, distraídos, habíamos abandonado el esquife a una corriente que nos llevaba en dirección peligrosa, hacia el extremo de una rocas que era preciso sortear si queríamos alcanzar el rumbo de levante. Nos hallábamos rodeados de bancos cuyos recios hombros ostentábanse doquiera cuando era sorbida el agua que los rodeaba, y se cubrían de espumas y borbotones cuando regresaban las olas. El estrépito que causaban era terrible, porque se multiplicaba al regolfar en las oquedades de las peñas, donde el viento alborotaba también espantosamente. Y, a pesar de todo, el tiempo era bueno, pero al oír aquellos fragores costaba algún trabajo creer que no se

había desencadenado un temporal. Lo cierto es que andábamos atarantados; unos bogaban, otros ciaban y la embarcación giraba como presa de un remolino, a riesgo de que se dañase el esquife, dando contra alguna superficie roquera. Por fortuna, Volivarda se mantuvo sereno y nos tranquilizó.

-¿Qué los aturde, gallinas? ¿Saben nadar o no?

Así dijo, y señalando el punto a donde habíamos de encaminarnos, gritó:

-Hacia el estrecho, Canario. Y ustedes, cierren los ojos, y boguen hasta echar los bofes. Aquí no gobierna más que el timonel.

Apenas estuvimos concordes, salvamos el peligro en un instante, dejando atrás los bancos vocingleros.

Entramos al cabo en un abrigadero confortable donde la marejada era casi insensible, y se respiraba un aire suave que olía agradablemente a marisco. Allí descansamos brevemente, y empezamos la pesca. Volivarda se apoderó del famoso volantín de Canario, dotole del cebo de los caracolillos que antes nosotros habíamos quebrado, e inmediatamente lo dejó caer en el mar hasta que el plomo casi rozó las hierbas filamentosas que cunden en el lecho del mar. Fue aquel un instante sensacional. ¡Con qué afán nos inclinamos todos ansiosos de ver los peces que incurrían en la tentación!

El agua estaba purísima, empapada de una luz verdosa que permitía distinguir aún las briznas más tenues de la hierba negruzca que alfombraba el suelo marino.

No tardó Payús en apretarme el brazo, diciendo:

-¡Ahora, ahora!

Y entonces, del mismo modo que surge alrededor del viandante al atravesar la ciénaga una nube de moscas y libélulas, antes ocultas en medio de los juncos y las ovas, vi surgir de entre los tallos submarinos un sin fin de pececillos multicolores que bullían y se levantaban en torno al volantín. Pululaban, deslizábanse, subían, bajaban, y daban de boca en el cebo, precipitándose con rudas embestidas hacia allá, y disputándose los pedacitos que lograban arrancar al anzuelo.

-Vive Dios, no puede uno contarlos -exclamaba Canario.

Pero Volivarda, malhumorado, decía:

-Esto es morralla y menudencia... No vamos a alcanzar ni una pieza. Aquí no están más que los chiquitines, y nosotros hemos de ir en busca de los cabezas de familia.

Siguiendo los consejos de Volivarda, de vez en cuando, remábamos un poco para cambiar de sitio. Payús se impacientaba.

-¿Por qué diablo merecimos la mala estrella? -murmuraba sin poder sosegarse, y de pronto exclamó:- ¡Ya lo sé, pardiez! ¡Pues si no me he santiguado hoy!

Mojó los dedos, sumergiéndolos en el mar, como si los introdujera en la pica de agua bendita y se santiguó devotamente.

-¡A ver si rompemos el conjuro, concho!

Habíamos llegado a un paraje soleado, y súbitamente vi proyectarse sobre el fondo marino, borrando la malla de hilos luminosos que el sol extendía, la sombra gigantesca de dos peces que pasaban como dos centellas. Sobresalteme, pero ni espacio tuve para advertir a mis amigos que miraran. Ya Volivarda había levantado rápidamente el arreo de pescar avalorado por dos largas jolias que se agitaban revolviendo por todos lados los colorines de su cuerpo, tan frescos e intensos que parecía que uno hubiese de mancharse la mano al cogerlas. ¡Dos jolias! ¡Con qué chillidos las saludamos! No creo haber gozado jamás una alegría más pura.

-Ya está deshecho el conjuro -afirmó Payús-. No pierdas un momento, Volivarda, que esta es buenísima sazón, y bien se ve que el pez se concome de apetito.

Cierto que aprovechamos la hora. ¡Cuánta jolia de tonos vivísimos, cuánto serrano manchado de oro y púrpura, cuánto estudiante revestido de escama negra, cuánto tordo, cuánta vaca serrana... imposible fuera enumerarlos...! Hasta nos apoderamos de un peje diablo, pequeño monstruo de venenoso pellizco; mirámosle con terror, y aún habiéndolo matado a puro baldazo, dionos mil molestias para despegarlo del anzuelo.

-Alerta -advirtió Volivarda-. Este es un pez maldito. Hendidas trae dos agujas de hechicera que ni con la muerte pierden el veneno. Hay que cortarlas con un cuchillo y arrojarlas. ¡Líbrelos Dios de poner el pie encima de tales pinchos!

-Por asqueroso y maldito que sea este pez -interrumpió Canario batiendo palmas- no querría yo jamás otra maldición que la suya en mi plato de sopa. Ni el pejesapo lo vence.

-¡Sin duda! -exclamamos todos, aprobando el dicho. Payús se lamió la punta de los dedos como si ya únicamente la imaginación se la hubiese puesto sabrosa.

Nos ensimismaba nuestra labor. No nos dábamos cuenta del aire, del sol ni del transcurso del tiempo. A no ser por una rencilla que agitó Payús y que obligó a Volivarda a buscar en el cielo argumentos de paz, tal vez la noche nos hubiera

sorprendido pescando, tan ilusionados estábamos.

Por fortuna, Payús nos obsequió con su rabieta.

-Quiero intentar una calada, concho -exclamó-. Voy a probar fortuna.

Canario se opuso resueltamente.

-Eres demasiado torpe, chiquillo -le dijo-. Me enrocarías el volantín.

Payús se enojó. Levantose, echó la cabeza atrás poniendo en prensa las opulencias carnales de su enorme cogote, y permaneció algún tiempo mirando de hito en hito por las hendiduras de sus ojos, siempre semicerrados, a Canario.

-¿Lo dices en serio, cara de viernes? -preguntó después de un largo silencio-. ¿Crees haberme alquilado para mulo de carga? ¡Daca el sueldo que me pagas! Toda la tarde he echado los bofes remando sin cesar y ¿no he de divertirme ahora una miaja como una persona decente?

-No, no pescarás con mis arreos -contestó Canario apoderándose del volantín y ocultándoselo entre pierna y pierna.

Canario era un chiquillo pequeñín, menguado, de un rubio muy claro, ojos azulados, algo bizco; no las tenía todas consigo, y las lágrimas iban a bordear sus pestañas, pero bien se conocía que estaba resuelto a no ceder.

Payús se encolerizaba cada vez más.

-Renacuajo de playa, cabeza de borras... granito de arena -le decía con aire despectivo-. ¿Conmigo quieres pelearte? ¿No ves que al primer topetón voy a hundirte las costillas como si me las hubiere con garbitanas podridas? ¿Que no he de pescar?... ¿No? Pues ello ha de ser, de grado o por fuerza; y mucho cuidado, no sea que los peces se pongan colorados por obra y gracia de la sangre que uno está dispuesto a derramar, ¿oyes? ¡Daca el avío, o te deshago!

Ya enarbolaba los puños; mas Volivarda le tiró de la blusa, obligole a sentarse en un banco, y riendo y echando la cosa a broma, le dijo:

-Siéntate, siéntate, abejaruco rapaz. Ea, toma una cigarra, y cállate. ¿Por qué pierdes los estribos, ansarón? Se te ocurrió demasiado tarde la idea de echar tu cuarto a espadas. Mira dónde para el sol. Si no vamos enseguida a los erizos de mar, nos veremos obligados a encender el farolillo.

Todos miramos entonces a nuestro alrededor. Virgen santísima, ¡lo que nos habíamos

entretenido! ¡Había pasado la mar de tiempo! Ya la sombra de las montañas se extendía muchísimo por el agua. El garbino había cesado. La llama que le servía a Payús para encender el cigarro no oscilaba lo más mínimo, y el fósforo ardía hasta que, arrojado al agua, se apagó crepitando.

El oleaje se había sosegado, borrado, extinguido... Calma chicha. ¡Y qué silencio! El tono blanquizco que adquiere el agua muerta de las ensenadas dilatábase por el mar como una capa invasora, y en la lisa capa charolada las peñas se reflejaban serenamente, pues ya la resaca había cesado de combatir las; de las hierbas impregnadas de agua todavía se desprendían gotas musicales. Descendía de las montañas vecinas el perfume de los cantuesos y las florecillas del bosque, que exhalaban un aroma más intenso al recibir los frescores de la noche que cierra. El sol, que estaba a la sazón a la otra parte de una neblina de color de herrumbre, dejaba caer desde allí, a modo de rubias pestañas de un ojo que va cerrándose, el fleco de sus rayos que cubría todo el Montseny. El cielo empezaba a tomar un tono verdinoso. ¡Qué inmovilidad! ¡Qué silencio! Desmayaba la tarde lentamente con sonrisa de paz, con un dejo de agradable pereza que se adueñaba de los espacios sin fin.

Nos veíamos ya obligados a acudir a la tarea que nos encomendara el dueño de la embarcación. Cogimos otra vez los remos, y a levante. El esquife se deslizaba por la aceitosa llanura del mar, como un pedazo de jabón mojado por encima de un vidrio. Con poquísimo esfuerzo lo conducimos al paraje en que debíamos atracar, y luego de amarrarlo por el cabo de la cuerda a un tosco pilarcillo roquero, desembarcamos todos.

-Allí está la garganta donde se hallan los erizos -dijo Volivarda indicándonos la boca de una caverna en la cual de vez en cuando el mar, hinchándose poco a poco, se engolfaba como si le sorbieran, con un murmullo parecido al de una deglución gigantea.

Nos acercamos allí; efectivamente, no sería forzoso volvernos de vacío. La peña submarina desaparecía materialmente bajo los bichos, muy densos y apretados, erizados de púas; dando en miniatura el aspecto que presentaría, acumulado en las honduras de un valle, un negro ejército provisto de picas.

La tarea se llevaba a cabo fácilmente. Con un arpón de tres ganchos, Volivarda rastrilló la peña, y cedían inmediatamente núcleos de punzantes mariscos. Payús recibía los erizos de mar en un salabrillo y los demás muchachos y yo los recogíamos con las manos del arpón y del salabrillo para comprimirlos en el cubo.

Alguna vez, al arrojar los que nos parecían demasiado chicos, se abría alguno, y el jugo y la colorada pulpilla se escurrían hacia el mar, atrayendo unos animalitos parecidos a langostines verduzcos y pequeñísimos que aparecían como una nube, y como una nube se desvanecían apenas terminaban el ágape que los reuniera.

-Esto es pulgón marino -me dijo Canario-. Los tales son más pequeños que los mosquitos, pero abundan más que la arena en la playa. Si se arrojan a las piezas o a los palangrones devoran el pescado con tanto frenesí que al poco tiempo no ve uno más que la pura espina. Y a ninguno temen. Verás... extiende la pierna a donde se hallaren, y te pellizcan enseguida. ¡Ojalá se consumiese toda su estirpe condenada!

Terminados nuestros quehaceres, nos entretuvimos buscando almejas. ¡Teníamos un hambre!... Pues señor, hartó fue reunir cuatro almejillas y una cebolla que Volivarda poseía; y todo nos lo repartimos con excelente fraternidad, y no hubo más aderezo posible que espolvorearlo con sal que procedente de las grandes resacas, había cristalizado en el fondo de las rocas mayores. El yantar fue conciso, pero nos supo a gloria.

Me parece que estoy aún en las peñas rodeado de los chicos. Veo a Payús tendido de cara al suelo, y abrazado a medias con Canario, sin recordar que no hacía una hora que intentaba trucidarle. Veo a Volivarda y al otro muchacho sentados en lo alto de una roca; sus piernas colgaban sobre mi cabeza. Oigo a lo lejos el toque de oración, el son de esquila de los rebaños que bajan de los picos enhiestos, y el canto de los grillos que suena acompasadamente como el alma diminuta de un gran reloj: cri, cri, cri... Y el día va muriendo, muriendo... El horizonte se amorata; tenues velos ascienden lentamente por él, y el mar, liso como un cristal, destaca luminoso en el horizonte, bañado de una finísima palidez dorada, sólo comparable a la de la luna cuando se va a poner.

¿Será preciso que llegue al trágico desenlace y que les informe que los míos descubrieron la travesura, y que me condenaron a irme en ayunas a la cama, a pesar del hambre que me despedazaba las entrañas?